

SEGUNDA PARTE
ETICA DE BIENES

C A P I T U L O V

E T I C A D E B I E N E S O D E F I N E S

25.—LA NOCION DEL BIEN SUPREMO.—Se da el nombre de ética de bienes o de fines a las doctrinas que afirman la existencia de un valor fundamental, llamado **bien supremo**, hacia cuyo logro deben hallarse orientados los humanos esfuerzos.

En tanto que el relativismo ético conduce a la negación de normas y criterios absolutos de moralidad, la ética de bienes refiere el mérito de las acciones a la relación que las mismas guarden con un último bien de la vida, frente al cual los demás son sólo medios. La posición que examinamos representa, de acuerdo con la terminología forjada por Scheler, una **ética del éxito**, y en tal aspecto coincide con las principales variantes del empirismo. Frente a la actitud pragmática de los moralistas “que juzgan del árbol por sus frutos”, se levanta la doctrina de Kant. Para el filósofo de Koenigsberg la esencia de la moralidad

no reside en los resultados del comportamiento, sino exclusivamente en la rectitud de los propósitos. Por ello escribe Scheler que la moral kantiana es una “ética de las intenciones” (45).

La ética de fines encontró en la filosofía griega su primera formulación sistemática. La mejor exposición de la teoría del soberano bien se debe al Estagirita. En la **Etica Nicomaquea** enseña Aristóteles que el bien de cada actividad es el fin a que la misma tiende. Todos los actos del individuo persiguen una finalidad determinada, y en la consecución de ésta estriba su propio bien. Lo que de los actos se afirma, puede también predicarse de las diversas artes. Su bien característico reside en el logro del fin a que aspiran. El bien de la medicina, por ejemplo, es la salud del enfermo, el de la estrategia, la victoria.

Los fines que asignamos a nuestro obrar no poseen idéntico rango. Ello explica que prefiramos unos y posterguemos otros. Si todos los designios humanos tuviesen igual valor, carecerían de sentido lo mismo la postergación que la preferencia. En el preferir y el postergar se hace patente la existencia de un orden jerárquico de los fines y, consecuentemente, de los bienes. Estos no son siempre absolutos. La percepción de un salario es un fin

(45) *Der formalismus in der Ethik und die materiale Wertethik*, 1927, pág. 3

C A R A C T E R I Z A C I O N G E N E R A L

relativamente al trabajo, pero frente a otras miras más elevadas es simplemente medio. Todo fin capaz de servir para algo es por ello mismo relativo. Absoluto sólo puede ser el fin no susceptible de semejante empleo.

La jerarquía de los fines humanos permite dividir a éstos en **inmediatos y remotos**. La inmediatez omediatez depende en cada caso de la proximidad o alejamiento de las diversas finalidades relativamente a la conducta que se tome como punto de referencia. Ganar dinero es un objetivo inmediato del hombre que trabaja; satisfacer holgadamente sus necesidades es en cambio el fin remoto de su esfuerzo.

- Si los bienes de la existencia se enlazan unos a otros de manera teleológica, en función de su importancia, la misión primordial del moralista habrá de consistir en encontrar un fin no susceptible de ser referido—como medio— a otros más valiosos. Si tal bien existe, los actos del hombre deberán orientarse a su consecución, ya que es el único absoluto, en cuanto —a diferencia de los demás— representa una meta que ya no puede servir como punto de partida.

La distinción que los autores contemporáneos establecen entre **valor útil o medio** y **valor propio o intrínseco** encuentra su antecedente en la doctrina formulada por los moralistas de la Hélade, especialmente Platón y

Aristóteles Ello no significa que la ética de fines se confunda con la filosofía de los valores. Entre ambas posiciones median hondas diferencias. Cuando los griegos hablaban de los bienes, aludían unas veces a lo que actualmente denominamos valores, y otras, a las virtudes. mas nunca poseyeron una idea clara acerca del valor, ni distinguieron este concepto de la noción de **bien** establecida por la filosofía de nuestra época.

26 — PRINCIPALES VARIANTES DE LA ETICA DE BIENES — Las doctrinas conocidas bajo la denominación de ética de fines se dividen en varios grupos, de acuerdo con el bien que cada una de ellas considera como el más elevado. Las direcciones más importantes son el **eudemonismo**, el **idealismo ético** y el **hedonismo**.

La manifestación más común de la ética de bienes es el eudemonismo. El vocablo deriva de la voz griega **eudemonía**, que significa felicidad. Son eudemonistas las doctrinas que hacen de la ventura el valor más alto, la suprema finalidad de la existencia. Los partidarios de esta tesis opinan que la tendencia hacia la dicha es innata en el hombre, y que el móvil de toda conducta, aun en aquellos casos en que aparentemente la actividad del individuo no tiene otra meta que el cumplimiento del deber, es el logro de la propia satisfacción, es decir, un móvil egoísta.

C A R A C T E R I Z A C I O N G E N E R A L

La felicidad —dice Aristóteles— es el bien supremo, porque constituye un fin que ya no tiene el carácter de medio. Los demás bienes que la vida nos brinda pueden ser fines de nuestra actividad; pero no les atribuimos un valor absoluto, sino que los buscamos en vista de otra cosa. La ventura, en cambio, es lo “eternamente apetecible en sí”, pues no tendría sentido desearla para un fin ulterior.

Según el idealismo, la finalidad última no es el logro de la dicha, sino la práctica del bien. El estoico, por ejemplo, no aspira a ser feliz, sino a ser bueno. De acuerdo con esta posición, la virtud no es un medio, sino un fin. El hombre debe ser virtuoso, aun cuando su virtud no engendre ningún placer. Lo que importa, desde el punto de vista moral, no son las consecuencias de nuestros actos, sino la rectitud y elevación de la conducta.

Completamente distinta es la posición hedonista. Sus secuaces piensan que la felicidad reside en lo placentero. Para algunos, los placeres más altos son los de la sensibilidad; otros prefieren los goces serenos que provienen de la actividad intelectual y artística.

Eudemonismo, idealismo y hedonismo son las **formas puras** de la ética de bienes. Al lado de ellas aparecen las **formas mixtas**. Estas últimas representan una combinación de las primeras. Entre las mixtas hay que

citar, en primer término, el **eudemonismo idealista**. Según esta doctrina, la felicidad es el último fin de la vida, pero la virtud el único camino idóneo para llegar a esa meta. Otra de las formas mixtas es el **eudemonismo hedonista**. Como la denominación lo indica, constituye una síntesis del eudemonismo y el hedonismo **la felicidad como fin, el placer como medio**.

En algunas teorías es posible descubrir, al propio tiempo, rasgos eudemonistas, hedonistas e idealistas. Este es, por ejemplo, el caso de Aristóteles.

27.—LA ETICA CRISTIANA CONSIDERADA COMO EUDEMONISMO DEL MÁS ALLÁ — (N. Hartmann). Las doctrinas que hemos mencionado representan, como diría Vasconcelos, una “ética terrestre”, que busca en este mundo la felicidad del hombre. Pero el eudemonismo puede asumir una forma trascendente, y situar en otra vida la eterna bienaventuranza. El cristianismo ofrece el ejemplo de una ética eudemonista en la cual la existencia terrena es considerada como un simple tránsito. Lo que el hombre siembre en la tierra lo cosechará en el cielo. El premio y el castigo eternos aparecen ante él como las consecuencias ultraterrenas de su conducta mundana. La idea de la perfecta beatitud implica así la desvalorización de los bienes de este mundo. El “valle de lágrimas” es el reverso de la medalla de la teología del más allá.

C A R A C T E R I Z A C I O N G E N E R A L

El eudemonismo cristiano ostenta también, según Hartmann, una tendencia individualista hondamente acentuada. Tal individualismo no es incompatible con la doctrina del amor al prójimo, pues esta última se refiere a la vida presente y a los bienes terrenales. Mejor dicho en cuanto el hombre ama a sus prójimos en esta vida, trabaja por su propia salvación y prepara su futura bienaventuranza. “El altruismo de este mundo es al propio tiempo un egoísmo del más allá. Este es el punto en que el cristiano tiene que ser necesariamente egoísta y eudeemonista, a consecuencia de su metafísica religiosa de la otra vida” (46)

28 — CRITICA DE LA ETICA DE BIENES Y, ESPECIALMENTE, DEL EUDEMONISMO — Si se mide el mérito de los actos humanos atendiendo a su relación con el último fin o bien supremo, degradaseles a la categoría de simples medios, y su valor resulta puramente instrumental. Los efectos más o menos placenteros o afflictivos de un comportamiento nada indican acerca de la moralidad o rectitud de los propósitos. Los fines no son buenos o malos por sí mismos, sino por la forma de su postulación. La persecución de un mismo fin puede ser valiosa en un caso y no serlo en el otro, de acuerdo con las intenciones del sujeto.

(46) *Ethik*, pág 76 de la segunda edición alemana

Es verdad que el hombre tiende instintivamente a la ventura, y que el logro de ésta aparece a sus ojos como un bien. La tendencia a la felicidad es “una forma psicológica general de nuestras aspiraciones” (Hartmann) Mas de ello no puede inferirse válidamente que **debamos** tender hacia la dicha, y que el mérito de nuestros actos dependa de la dosis de ventura o placer que logren procurarnos.

Si la tesis eudemonista fuese correcta, habría que concluir que el hombre feliz es el hombre bueno, y que la bondad de cada uno varía en función de su felicidad. En tal hipótesis, el valor de la acción humana residiría en algo puramente exterior y contingente, a saber, los resultados de la conducta, y no en la pureza de la voluntad y la rectitud de los motivos El éxito de una acción —advierte Hartmann— no depende sólo de nosotros, sino de muchas circunstancias externas, generalmente imprevisibles

La proposición: **el hombre feliz es el hombre bueno**, es decididamente repudiada por la conciencia moral En cambio, nada impide admitir la proposición inversa, defendida por el idealismo “el bueno es feliz” Sólo que la felicidad no debe ser vista como la meta a que el individuo ha de tender, sino como corolario o coronamiento de las buenas acciones

C A R A C T E R I Z A C I O N G E N E R A L

La felicidad que el eudemonista busca no es siempre la misma. Hay felicidad y felicidad “Es preferible ser infeliz viviendo racionalmente, que feliz de manera irracional” (Epicuro). La dicha del necio y la del sabio no son equivalentes. Las doctrinas de los cirenaicos y los epicúreos revelan, según Hartmann, que el concepto de felicidad es en ellas un vehículo de los más altos valores. Si se afirma que no toda felicidad tiene el mismo rango, implícitamente reconócese que lo verdaderamente valioso, desde el punto de vista ético, no es la felicidad por sí misma, sino su calidad o contenido. “Esto es lo históricamente instructivo en el epicureísmo y el estoicismo: el valor de la eudemonía es realmente en ellos algo dependiente o prestado. Es un ropaje, un velo —en Epicuro, de los más nobles bienes del espíritu y de la participación en tales bienes; en la Stoa, de la fortaleza y la elevación sobre el azar y el destino. Y la “beatitud” del cristiano no es otra cosa que un manto que cubre el objeto verdaderamente supremo de su anhelo: pureza, santidad y unión con Dios” (47)

No puede desconocerse que la felicidad es valiosa, mas de aquí no se sigue que toda tendencia deba orientarse hacia ella, o que la dicha sea el valor supremo. La felicidad y el placer son valores, pero no los más elevados.

(47) Ethik, pág. 82 de la segunda edición alemana

Estrictamente hablando, los valores de la eudemonía, lo mismo que los goces hedónicos, no son de orden moral. La felicidad —dice Hartmann— no es ninguna cualidad de la persona, sino que resulta indiferente ante el bien y el mal, y se encuentra situada **más acá** de éstos. Pues a nadie puede hacerse directamente responsable de su felicidad o de su infortunio. La felicidad es más bien el valor sentimental que acompaña a la posesión de lo valioso, es decir, una **reacción específica** del sentimiento estimativo. Por ello puede ser un vehículo de todos los valores.

29 — PRINCIPALES CORRIENTES DE LA ETICA EN GRECIA. — Las doctrinas morales de los griegos pueden ser consideradas como la manifestación más importante de la ética de bienes. Los filósofos de la Hélade pensaban que el problema ético fundamental consistía en la definición del bien supremo, pero entre ellos hubo siempre discrepancias sobre el contenido de este concepto. A pesar de ello, podemos discernir tres tendencias, claramente dibujadas. La primera —sin duda la más notable— tuvo su origen en la enseñanza socrática, y encontró su culminación en los sistemas platónico y aristotélico. Nos referimos al **eudemonismo idealista**. Tanto Sócrates, como el fundador de la Academia y el maestro del Liceo, hicieron de la felicidad el soberano bien y de la virtud el camino que conduce a la ventura. Además de esta tendencia central, hay dos corrientes laterales: el **eudemonismo hedonista**, por una parte, y el **idealismo moral**, por la otra.

C A R A C T E R I Z A C I O N G E N E R A L

Ambas nacen en el círculo socrático. La primera está representada, en sus orígenes, por la Escuela de Cirene y, posteriormente, por los epicúreos; la segunda, por la Escuela Cínica y —en el período helenístico— por los estoicos. Claro es que las ideas de los filósofos de cada escuela presentan diferencias y matices más o menos personales, pero las grandes líneas de su enseñanza permiten la división anteriormente trazada.

En el capítulo que sigue haremos una breve exposición de la ética griega, a partir de Sócrates y sus discípulos.